



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO I.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, num. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.

30 de Noviembre 1877.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cadiz, un mes, adelantado . . . 2 pias.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. . . 25 »
En Cuba y Puerto Rico, semestre, en oro . . 20 »
Extranjero y republicas americanas, id. . . 30 »

NÚM. 21.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

SUMARIO.

GRABADOS: *El Great Eastern* magnífico buque inglés.—*Le Turf*: Carreras de caballos.
TEXTO: Crónica mensual, por A. BORREGO.—Las estrellas fugaces, por R. ESCANDON.—A Patrocinio de Biedma, por EMILIA CALÉ T. DE QUINTERO.—A la polilla, por AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ.—°, por JULIA DE ASENSI.—Dos épocas, por M. DE LA REVILLA.—Sombra y luz, por JOSÉ DE P. BLANCA Y BALUZ.—Problema, por RAMON GARCÍA SANCHEZ.—A la Sra. Directora del CÁDIZ, en sus días, por S. HIDALGO, M. PASTOR y L. PIRALA.—Estudios históricos, por J. RUIZ JIMENEZ.—Explicación de los grabados.—LITERATURA EXTRANJERA: Joseph Marie Adolphe Thiers, *conclusion*, por F. F. STEENACKERS.—NOVELA: La flor del cementerio, *continuación*, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Correspondencia del CÁDIZ, por P. DE B.—Noticias.—Problema de Ajedrez.—Solución al anterior.—Geroglífico.

CRÓNICA MENSUAL.

No se necesita ser profeta para pronosticar las eventualidades que están en la naturaleza de las cosas, y prever las consecuencias naturales de causas debidamente apreciadas. En lo más fuerte de la guerra de Crimea, en el Otoño de 1855, cuando todavía era un problema el curso que tomarían los sucesos, publicó en Madrid un libro titulado *La Guerra de Oriente*, en cuyo capítulo XI se examinaban las condiciones en que podría continuar la lucha o ajustarse la paz, y se señalaban los límites dentro de los cuales las soluciones serían indeclinables. El autor sentaba tres hipótesis, y con arreglo a la tercera de ellas se concluyó la paz que sancionó el tratado de París.

En mis anteriores *revistas*, y cuando los triunfos de los turcos se hallaban en el apogeo, dije que no podrían ser duraderos; que la lucha era harto desigual y que la virilidad de los musulmanes acabarían por sucumbir a manos de los que disponían de más medios para prolongar la lucha.

Los boletines que diariamente llegan del teatro de la guerra confirman plenamente mis apreciaciones, y preparan el complemento de las que el tiempo se encargará de acreditar.

Abandonada a sí misma, atacada por sus vasallos tributarios, con el enemigo en sus propios Estados, auxiliado éste por una gran potencia militar y por una raza rival, en cuyas manos ha dejado Turquía desde fines del siglo anterior más de la mitad de sus posesiones europeas y la tercera parte de las de Asia, la Turquía había hallado amparo en sus anteriores contiendas con Rusia, en las simpatías de las naciones de Occidente, pero entregado ahora a sus propias fuerzas, el destino del Imperio Otomano se hallaba escrito y pudo ser vaticinado y previsto, desde que según el profundo dicho del Conde de Beust, la Europa de la

diplomacia dejó de existir. Cavour y Bismark prepararon su desgarramiento, las aventuras escéntricas de Napoleon precipitaron la crisis, que consumó la guerra franco-prusiana, guerra que no hubiera podido empeñarse en la manera que lo fué, si un Pitt, un Caniniug, o un Palmerston se hubiesen hallado al frente del gobierno de Inglaterra en 1870, en vez de verse esta nación regida por un erudito y un filósofo como Gladstone, un hombre de estado inglés, digno de este hombre, no hubiera vacilado después de la piratería germánica contra la inofensiva Dinamarca, y sobre todo después de Sodowa, en interponer su *veto* a aquella guerra, declarando que Inglaterra estaría al lado de aquella de las dos rivales que se viese atacada. ¿Para qué había consentido Inglaterra, con detrimento de su derecho marítimo en las declaraciones del tratado de París, por las cuales las potencias signatarias se obligaron a no recurrir a las armas, sin apelar antes a un arbitraje amistoso que apurase todas las probabilidades de mantener la paz? Desde que se hubo firmado la Convención de Londres de 1870, impuesta por Alemania y por Rusia, eximiendo a esta última potencia del cumplimiento de las estipulaciones del tratado de París, respecto a la navegación del Mar Negro, era muy de esperar la que debió seguirse. La anulación de Austria, el interdicto de la Francia, el *condotierismo* con que la suerte convidaba a Italia, el aislamiento de Inglaterra.

Puestas fuera de juego las dos grandes potencias occidentales, Inglaterra y Francia, cuya iniciativa prevaleció en Europa desde 1830 hasta los matrimonios españoles, Alemania y Rusia han podido entenderse; la Serbia y la Rumania son escogidas por instrumento para prender fuego al incendio que ahora devora la Armenia y las márgenes del Danubio.

No es de presumir que las victorias de los rusos los lleven a Constantinopla, al menos hasta el punto de poseerla y de guardarla. Mas no por esto será menos inevitable la disolución del imperio otomano. La autonomía administrativa de la Bulgaria, sino ya también la de la Bosnia y la Herzegovina, que la Rusia exigirá como condición *sine qua non* de la paz, la independencia de hecho de Rumania y de Serbia no serán sino el preliminar de movimientos insurreccionales en Macedonia, en Tesalia y en Epiro, y sería menester estar ciegos para no prever que un procedimiento igual al seguido por los antiguos Estados tributarios de Turquía, no podrá menos de conducir a iguales resultados respecto a las provincias griegas que aún dependen de Constantinopla. ¿Qué quedaría entonces al sultan? La Rumelia y parte de la Albania con la efímera posesión de Constantinopla.

Nada de esto deberá sorprender a la generación que siga a la nuestra. Como acabó la Europa feudal y la Europa del absolutismo, habrá concluido la Europa diplomática, reemplazado por el ascendiente avasallador de las razas del Norte, acercando tal vez más de lo que era de preteer, el célebre vaticinio del cautivo

de Santa Elena, según el cual en el curso del presente siglo la Europa sería republicana o cosaca.

En cuanto a esto último, excede el realizarlo el poderio actual de la Rusia, la que necesita tiempo para ponerse en condiciones de llenar los destinos que acaricia la raza eslava. Pero su alianza con Alemania basta para impedir que se reconstruya el predominio de las potencias occidentales.

No dispongo hoy de bastante espacio para ajustar las cuentas a Inglaterra y demostrar las enormes faltas que ha cometido en Asia, dejando a la Rusia adquirir las posiciones que ocupa, y en Europa habiendo consentido en la ruina de los circasianos, que ha abierto a los rusos un nuevo camino para la India, para amenazarla por el Turquestan y por el Mar Caspio. Pero el gran duelo entre Inglaterra y Rusia no es espectáculo que nos esté reservado; lo verán nuestros hijos, y su desenlace, sea el que fuere, se dará la mano con las grandes transformaciones reservadas a nuestro Continente.

Me he dejado llevar por el palpitante interés de la cuestión de Oriente a digresiones que limitan lo mucho que podía decir a propósito de la que tenemos más cerca de casa. Me refiero a la delicada situación en que se halla la Francia. Aquilatada la opinión de los 36 millones de habitantes que a la antigua Galia han dejado las victorias de los alemanes, por el mecanismo del sufragio universal, no es dudoso que la mayoría de la nación vecina es decididamente republicana. ¿Pero es el sufragio universal un criterio racional del pensamiento de un pueblo culto? La escuela conservadora responde que no, y su fallo recibiría autoridad dando el principio como exageración de la democracia francesa, si no debilitase este argumento el significativo hecho de que la sesuda y pensadora Alemania ha adoptado también el sufragio universal para su Parlamento imperial. Y si tomamos en cuenta que los ingleses y su actual sistema electoral se acercan bastante del sufragio universal, nos hallaremos perplejos respecto a determinar la medida exacta de la capacidad en materia de sufragio.

Pero sea lo que se quiera acerca de la amplitud o restricción del voto, la legalidad existente está en Francia por el sufragio y su Cámara de representantes en su perfecto derecho, exigiendo que el Gabinete Broglie desocupe el puesto y sea reemplazado por otro acepto a la mayoría. Si a ello se resiste el Mariscal presidente, recusará el origen del poder de quien él tiene el que ejerce, pues elegidos del pueblo fueron los diputados que nombraron a Mac-Mahon en lugar de Thiers.

En cuanto al golpe de Estado que tanto en Francia como en España creen no pocos que debe dar el Mariscal ¿a provecho de quién lo daría? Tendría que ser a beneficio de una de las tres monarquías que dividen la opinión de los conservadores, y no es ni por un momento dudoso para nadie que los partidarios de los dos candidatos que tendrían que ser eliminados, se reuni-

rian á los republicanos para socavar el trono del vencedor.

¿Puede semejante perspectiva ser consoladora para la Francia? ¿Daria su alianza consistencia y fuerza moral á la restaurada monarquía de D. Alfonso?

La mejor, la más segura política que convenga seguir á nuestro joven monarca, es la que (sin detrimento de los principios de orden) más se acerque á las aspiraciones liberales. ¿Qué nos importa que Francia se conserve en república, si bajo la monarquía constitucional poseemos los españoles todas las racionales garantías y franquicias que otros pueblos buscan en instituciones nuevas?

Pero contra estas apreciaciones que podrán creerse hijas de mi impenitente liberalismo, levantara la afirmación de que en su fraccionamiento los partidos liberales se han separado algunos de ellos de la monarquía y podrían llevarla al precipicio. La esencia del régimen representativo consiste en su admirable aptitud á influir en las opiniones modificándolas, y basta recordar que siendo en 1835 y 36 la España liberal esencialmente revolucionaria y progresista, bastó que promulgada la Constitución de 1837, apareciese dentro del campo conservador una doctrina más genuinamente popular, atractiva y simpática que la de los progresistas, para que la sociedad culta, la juventud ilustrada militasen resueltamente en las filas conservadoras é hiciesen posible la gran conmoción de 1844, movimiento el más general que haya sentido España desde la guerra de la Independencia.

El peligro que la institución hereditaria y los intereses constituidos pueden correr, no dimana de otra causa que de haber el partido conservador tal cual existió desde 1836 á 1844, dividiéndose, separándose de la política que lo hizo fuerte y abandonado la *dirección moral de los espíritus*, de la que estuvo en plena posesión durante aquellos años.

Siempre que las ideas de orden se asocian á las de progreso y libertad, hacen perder su ascendiente á las escuelas revolucionarias. La dificultad consiste en que los gobiernos no corresponden á la tolerancia y el respeto al derecho en la debilidad, y en que á su vez los ciudadanos sepan, escuchados en la ley, defender sus fueros, sin menoscabar los poderes públicos, y respetando religiosamente á la autoridad.

A. B.

Madrid: Noviembre 1877.

LAS ESTRELLAS FUGACES.

ENTRE los fenómenos astronómicos cuyo estudio es de reconocida utilidad por lo que contribuye al progreso y á desvanecer las sombras de la ignorancia, quizás ninguno sea más digno de la atención del sabio, de la meditación del filósofo y de la contemplación de todos, que esos brillantes meteoros que aparecen repentinamente surcando con prodigiosa rapidez la bóveda celeste, conocidos hoy en la ciencia por «estrellas fugaces» y vulgarmente por *lágrimas de San Pedro*, *calor de San Lorenzo* y *exhalaciones*.

Mas á pesar de esto y quizás por esto mismo, ha sucedido con este interesantísimo fenómeno, como sucede con todos aquellos cuyo conocimiento no puede ser de inmediata utilidad para los hombres y que por su carácter misterioso llenan de espanto á las almas timoratas y piadosas.

El tétrico silencio de la noche durante la cual se hacen visibles estos singulares meteoros; la circunstancia de producirse en mayor número y con mayor brillo en las horas clásicas de los conjuros y de los aparecidos; y el cintilar de las estrellas que siembran el Cielo, lugar de las manifestaciones supernaturales de Dios y de Satanás, motivaron sin duda que los hombres considerasen la aparición de las estrellas fugaces, ya como efluvios del Dios Pan que atravesaba los espacios celestes para establecer su morada temporalmente en agrestes selvas ó en impenetrables bosques; ya como indicios infalibles del destino de las almas que suponían fluctuando en el espacio; ya como presagio de guerras y pestes asoladoras; ya finalmente como indicio seguro de la destrucción del mundo. Todas las Teogonías; la India, la Egipciaca, la Politeísta daban del fenómeno una explicación sobrenatural y adecuada á las formas particulares con que expresaban la palabra y la voluntad divina. Desde los sacerdotes de Vichni hasta los que inspiraban los falsos oráculos de la Grecia, todos interpretaban esas sorprendentes manifestaciones en el sentido que les convenia para robustecer sus falsas doctrinas religiosas. De este modo utilizaban las señales del Cielo por una parte para robustecer su predominio sobre las conciencias y por otra para apoderarse de los bienes de la tierra.

Ya cuando se inició la tendencia á formar un solo cuerpo de doctrina de los conocimientos humanos, gracias al método puramente especulativo de Aristóteles, los sabios de la Grecia y los historiadores romanos, empezaron á formar sus opiniones particulares ó de escuela, frecuentemente sin apartarse de lo sobrenatural. La falta de base sólida para las ciencias experimentales hizo que se extraviasen en la explicación de este fenómeno. Pitágoras deducía de

el argumentos para sostener su teoría de la transmigration de las almas. Anaxágoras que entrevió la identidad entre las piedras meteóricas y las estrellas fugaces, llegó á profesar la extraña opinión de que el Cielo era una bóveda de piedra, cuyo equilibrio total aseguraba la fuerza centrífuga, debida al movimiento de rotación que le atribuía. Tácito lo consideraba como nuncio de grandes males. Herodiano atribuye á este prodigio las calamidades que cayeron sobre Roma durante el imperio de Commodo. Según Séneca varios globos de fuego fueron precursores de la muerte de Augusto; de la misma manera se anunció la guerra entre Sylla y Mario.

Los indios creen que estos meteoros son almas que caen del paraíso destinadas á animar, ya á las bestias, ya á los hombres. La *Piedra negra* de los mahometanos fué traída, según ellos cuentan, del Cielo por un ángel para colocarla en la kaaba, donde actualmente se encuentra como objeto de la veneración de los musulmanes. El antiquísimo tribunal de Matemáticas de la China que registraba (y registra aún hoy) con escrupuloso cuidado tales meteoros desde 600 años antes de J. C., deducía de su dirección, forma y magnitud, pronósticos sobre los destinos de las almas de los principales dignatarios. Y aún hoy mismo en la civilizada Europa cuyos sabios y filósofos han arrancado tantos secretos á la naturaleza, al vapor su fuerza elástica, á las nubes el rayo, al sutilísimo éter cósmico la ley de sus vibraciones y á la insondable profundidad del espacio nuevos planetas, nuevos mundos, nuevos soles que «revelan la gloria de Dios», hay pueblos imbuidos en errores supersticiosos y groseros, que creen ver en las estrellas fugaces las almas de los difuntos que piden sufragios para librarse de las llamas del Averno, ó siniestras señales de la cólera de Dios, precursoras de la bestia del Apocalipsis. Afortunadamente, gracias á los métodos formulados por Bacon y Descartes y á los trabajos de Benzenberg, Brandes, Chladni, Humboldt, Newton de New-Haven, Schiaparelli, Secchi y otros, se ha descorrido el velo que encubría tanto misterio y ya no se vé en este fenómeno sino una manifestación especial de la materia cósmica que probablemente llena los espacios siderales.

Hasta mediados del siglo XVIII no se inició el estudio formal del fenómeno; y cúpoles á los alemanes Benzenberg y Brandes la gloria de iniciarlo. De las numerosas observaciones hechas por ambos y particularmente por el primero, se empezó á desprender el origen cósmico de los meteoros; y en sus registros dieron exacta noticia de la dirección, intensidad de la luz, persistencia de la ráfaga luminosa y las coordenadas astronómicas del centro de radiación. Siguiendo el camino abierto por ellos, el genio investigador de Chladni empleó sus colosales fuerzas en el estudio de los meteoros, y ya haciéndose partidario de una, ya de otra, de las teorías formadas para su explicación, pero siempre con loable independencia, llegó á plantear los problemas aún hoy no resueltos sobre la identidad entre las estrellas fugaces, los globos de fuego y las piedras meteóricas ó uranólitos y sobre su común origen.

Como siempre sucede en la investigación de las verdades abstrusas, dividióse la opinión de los sabios. Unos con Chladni y Haley á la cabeza que consideraban el fenómeno como producido principalmente por la atracción de la tierra, defendían con poderosos argumentos el origen cósmico de los meteoros; otros y más particularmente el P. Mairan los explicaban por las emanaciones sulfurosas ó exhalaciones de la tierra. Por último; Poisson Laplace y otros célebres analistas los suponían originados por la proyección de los volcanes lunares. Esto sin contar algunas opiniones particulares que aspiraban seriamente á la competencia, como la de Morton y Merret que atribuían el fenómeno á los excrementos arrojados por los cuervos.

Las Academias científicas y la prensa de ambos mundos se ocuparon largo tiempo del fenómeno; y los partidarios de las teorías que se disputaban la preferencia preparaban sus armas y se lanzaban á esas nobles luchas de la inteligencia que tan señalados beneficios reportan al mundo.

En tanto que de este modo se combatía por el conocimiento de la verdad, asíduos observadores se dedicaban á recoger hechos que más adelante habian de servir para reducir al silencio á unos y dar cumplida razón á otros, ya que no para la resolución definitiva del problema.

¿Cómo se aglomera y congloba la materia cósmica en las altas regiones de la atmósfera? ¿Cómo se explica la velocidad planetaria de las estrellas fugaces y de los bólidos, atendiendo á la débil densidad de la materia cósmica, si esta velocidad es función solamente de la atracción de nuestro globo? ¿Cómo explicar la trayectoria ascendente de algunos meteoros? ¿Y cómo por último, explicar y comprender en la teoría propuesta los meteoros que por no radiar del mismo punto del Cielo que los demás han recibido el nombre de «estrellas esporádicas»? Tales eran las principales objeciones realmente formidables que los partidarios de la teoría volcánica oponían á los mantenedores de la teoría cósmica.

Poisson y Laplace habian calculado que una masa lanzada desde la superficie de la Luna en dirección conveniente, con una velocidad de 7.780 piés por se-

gundo, salvaria el punto de igual atracción y quedaria sometida á la atracción de la tierra. De modo que si las velocidades de los meteoros deducidas por observaciones simultáneas, hechas en los extremos de una base, estaban comprendidas entre ciertos límites compatibles con la máxima fuerza de proyección que es posible suponer en los volcanes lunares, atendiendo á la pequeña masa de aquel satélite, la hipótesis sostenida por los analistas adquiria un alto grado de certidumbre. A la observación tocaba pues decidir el grado de validez de la teoría. De sus numerosas observaciones dedujo Brandes que las estrellas fugaces llegaban á la atmósfera de la tierra con una velocidad de 4 á 8 millas por segundo, lo que exige una velocidad inicial de 110.000 piés en la misma unidad de tiempo. La enormidad de esta cifra revelaria una fuerza enorme de proyección en los volcanes lunares que engendraria grandes perturbaciones anómalas, nunca observadas en los movimientos de la Tierra y de la Luna.

Estos resultados obtenidos por Brandes, corroborados despues por multitud de astrónomos y observadores hizo caer en descrédito la teoría de Poisson y de Laplace; sus partidarios quedaron reducidos al silencio, y todos finalmente fueron aceptando el origen cósmico de los meteoros que más tarde habia de recibir una sanción solemne.

A los sabios Humboldt y Bonpland tocóles revelar el periodo de las grandes apariciones de Noviembre que fijaron en 37 años, comparando la célebre aparición del año 1799, con otras de que daban cuenta exacta la historia y la tradición. Pero las grandes apariciones habidas en Noviembre de los años 1833 y 1866 que demostraban la necesidad de corregir el célebre periodo de Humboldt, sugirieron al americano Newton la idea de compulsar los documentos históricos que hablan de tales apariciones desde el año 902 de la era Cristiana; así llegó á establecer el periodo de 33 1/4 años para las grandes lluvias meteóricas de Noviembre. Sometiendo despues al cálculo los elementos suministrados por la observación, y teniendo en cuenta la invariabilidad de la fecha de las apariciones y el modo repentino de presentarse, dedujo que tal fenómeno debía ser producido por un conjunto de corpúsculos, girando en órbitas muy próximas unas á otras alrededor del Sol y que por un movimiento progresivo de sus nodos deben cortar á la órbita de la tierra cada 33 1/4 años en un mismo punto que corresponde á las estrellas principales de la constelación del Leon.

El sabio Quetelet, director del Observatorio de Bruselas, que habia dedicado gran parte de su vida á este interesantísimo estudio, llamó la atención sobre la regularidad y constancia de las lluvias meteóricas en Agosto de cada año, que no se explican con la teoría formulada por Newton. Para explicarlas se recurrió á la hipótesis de un inmenso anillo de materia cósmica circulando alrededor del Sol en órbita fija ó sea sin movimiento progresivo de los nodos. ¿Pero cómo explicar las apariciones frecuentes, por no decir diarias, que se verifican? ¿Cómo explicar la constancia de los 39 centros de radiación determinados por Heis, mediante las observaciones que hizo durante 26 años consecutivos en el hemisferio Austral? En vano los astrónomos y los filósofos han ideado nuevos anillos cósmicos, ya interiores ya exteriores á la órbita terrestre de nodos fijos ó variables. Las teorías acomodaticias no pueden resistir los golpes de la verdadera crítica.

Faltaba pues una teoría más razonable que la propuesta por los ilustres sabios citados. Ya Peters que habia encaminado sus trabajos en este sentido comunicó á Le Verrier la analogía que encontró entre el cometa de Tempel y los meteoros de Noviembre de 1866; pero estaba reservado á Schiaparelli fundar la teoría reputada como definitiva, que supone originados estos meteoros por el paso de los cometas en las proximidades de la tierra. Siguiendo el camino así trazado, sometiendo al cálculo los elementos necesario y suponiendo con Schiaparelli que los meteoros describen trayectorias parabólicas, se ha reconocido la identidad de la lluvia meteórica ocurrida en la noche del 27 al 28 de Noviembre de 1872 con el cometa de Biela que tiene su órbita á corta distancia de la tierra en el nodo descendente.

En las primeras horas de esta noche, poco despues de haber desaparecido los últimos resplandores del crepúsculo, y cuando brillaban en todo su esplendor las estrellas de las constelaciones Casiopea y Perseo, empezó á notarse desde el observatorio de San Fernando gran número de meteoros que por su escaso brillo apenas podían compararse á las estrellas de 4.^a magnitud, de trayectoria corta y breve, casi todos comprendidos en un espacio circular de 20° de diámetro entre las constelaciones citadas. La observación registrada en el cronógrafo arrojó un total de 3.770 meteoros en 110 minutos, que dá 34 por término medio en un minuto. El máximo del fenómeno se verificó entre 8^h 50^m y 9^h 0^m, y su duración fué desde las 8^h 40^m hasta 10^h 30^m, en cuyo intervalo pasaba por las proximidades de nuestro globo el cometa de Biela. Desde las 10^h 30^m hasta las 4 de la madrugada no se observó meteoros alguno.

Tal es en breve resumen como los estrechos límites de un artículo consienten, el proceso de las investigaciones hechas para descubrir el origen de las estrellas fugaces.

Establecer la teoría definitiva que explique satisfactoriamente las singulares anomalías de este fenómeno será resultado de asiduo trabajo y de muchos años. Tal vez al análisis espectral que hoy constituye un poderoso medio de investigación esté reservado el descubrir la forma, posición y movimiento de las masas de materia cósmica que engendran estos meteoros.

Como quiera que sea, dos cosas se deducen inmediatamente de lo que hasta hoy han investigado los sabios sobre este asunto. Es la primera, que tales fenómenos no pertenecen al orden sobrenatural y que no debe verse en ellos ni presagios favorables ó funestos, ni indicios de la destrucción del mundo, cuya estabilidad está matemáticamente demostrada para muchos millones de años. Es la segunda, que la tenuidad de la materia cometaria, idéntica á la de las estrellas fugaces, debe alejar el temor de la destrucción de la tierra en su frecuente colisión con los cometas.

RAMON ESCANDON.

Cádiz: 1877.

Á LA ILUSTRE Y EMINENTE ESCRITORA PATROCINIO DE BIEDMA, EN SUS DIAS.

En la mente de Dios brillaste hermosa
Y fuiste de sus obras un portento,
Pues brotó colosal tu pensamiento
En su esencia fecunda y poderosa.

Formaron tu aureola esplendorosa,
La virtud, la hermosura y el talento;
Y laureles, crecer viste sin cuento,
Al eco de tu lira prodigiosa.

¿Qué otra flor podré unir á tu diadema
Si tu nombre inmortal del genio en alas,
Va cruzando veloz de polo á polo?
De mi entusiasmo cariñoso emblema,
Nuncio de amor, aunque desnudo en galas,
Rindo á tus plantas mi laud tan solo.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

Lugo: 10 Noviembre 1877.

Á LA POLILLA.

Imágen de la envidia vergonzante,
Tu impuro cuerpo oculto se pasea
Por las hojas divinas de Odisea
Que conviertes en polvo en un instante.

Nada respeta tu buril cortante;
Con él taladras de Platon la idea;
Con él destruyes cuanto el genio crea
Grabando tu dibujo extravagante.

Zapadora infeliz, sigue tu obra;
Roe, gusano vil, esos renglones
Que del humano ser guardan el alma;
¿Qué te asusta? ¿Ponzoña no te sobra?...
¡El hombre te ha vencido! ¡Tus legiones
Tritura ha tiempo Guttemberg en calma!

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ.

Almería 11 Octubre 1877.

Pienso á veces si el día en que mi espíritu
Vuele lejos de aquí,
En las altas regiones donde vaya
Te hallaré junto á mí.
Si no estás, aunque el mundo no me ofrece
Más que amargura y hiel,
Por no dejar de verte, desearía
Quedarme siempre en él.
Mas si te he de encontrar como es mi anhelo,
Y cual pido al Señor,
Él haga que volemos á otra esfera
Y cuanto antes, mejor.

JULIA DE ASENSI.

Madrid: 1877.

DOS EPOCAS.

Á MI ESPOSA.

Torrente desbordado que la llanura inunda;
Tormenta asoladora, que de la mar profunda
Las espumosas olas agita con furor;
Volcan incandescente; furioso torbellino,
Que todo lo desola y arrastra en su camino:
Tal era en otros días mi apasionado amor.

Arroyo cristalino que al llano da frescura;
Cielo sereno y claro, de luz radiante y pura,
Que en sus tranquilas ondas refleja el ancho mar;
Llama que vivifica; brisa de aromas llena,
Que apenas dobla el cáliz de pálida azucena:
Tal es el dulce afecto que hoy me hace palpar.

Por qué? Porque si entónces en mi delirio ciego,
Buscaba en esos ojos de la pasión el fuego
Y en esos labios rojos la fuente del placer;
Y en mis ardientes sueños de amante y de poeta
En tí miraba sólo mi fantasía inquieta
Ese ideal divino que llaman la mujer:

Hoy, que tu frente ostenta corona majestuosa
Y en madre se convierte la enamorada esposa,
Se trueca el ciego impulso en santa adoración;
Y por divino afecto el alma penetrada,
A la pasión se cierra, y se abre arrebatada
A puro amor sublime, del Cielo encarnación.

M. DE LA REVILLA.

Madrid: 1877.

SOMBRA Y LUZ.

Cuando tus ojos no veo
Que son toda mi esperanza,
Nunca el corazón alcanza
De la dicha el apogeo;
Y aunque la luz clara y pura
Llegue cruzando la altura
Hasta la terrestre alfombra,
Sólo encuentra mi amargura
Entre tanta luz... ¡la sombra!

En cambio, cuando anhelante
Hallo en tus divinos ojos
Esa mirada radiante
Que disipa mis enojos,
Por más que desde el vacío
Denso, lóbrego y sombrío
Descienda negro capuz,
Brilla en mi pecho, bien mío,
Entre mil sombras... la luz.

JOSÉ DE P. BLANCO Y BALUZ.

Valencia: 1877.

PROBLEMA.

Nacer para morir, cuando del mundo
El misterioso giro no entendemos...
Vivir, para llorar eternamente...
Sufrir, para gozar cortos momentos...
¿Quién es capaz de adivinar siquiera,
El secreto motor del Universo,
Que á un tiempo mismo, por su ley divina
Rige mundos y mares, tierra y Cielo?

RAMON GARCIA SANCHEZ.

Guadalajara: 1877.

Á LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA, EN SUS DIAS.

Yo quisiera ofrecerte en este día
Una corona de brillantes flores,
Llena de poesía, de primores,
De inspiración sublime, de alegría.

Yo quisiera la lira de Talía,
Que pulsaron egregios trovadores,
En tus manos poner, y seductores
Escuchar sus raudales de armonía.

Yo quisiera rendir á tu talento
La admiración que altivo se ha labrado:
Yo quisiera ofrecerte un pensamiento
Grande, como es el tuyo y elevado;
Mas ¡ay! no puede ser... ese portento,
Queda á mayores genios reservado.

S. HIDALGO.

Cádiz: Noviembre 11 de 1877.

Á LA EMINENTE POETISA DIRECTORA DEL «CÁDIZ» EN SUS DIAS.

¿De dó parte esa música argentina
Que el pecho siempre conmovido ama,
Y en armoniosos ecos se derrama
Desde Cádiz al valle y la colina?

No es el rumor de la canción marina
La voz que España sin cesar aclama;
Es el mágico soplo que se inflama
En el azul de la región divina.

Son los dulces, purísimos raudales
De una lira sonante que enamora
Difundiendo sus glorias eternas,
Es tu voz, Patrocinio, que sonora
Como arrullos divinos, celestiales,
Por el mundo se extiende vibradora.

MATÍAS PASTOR.

Jaen: 1877.

Á PATROCINIO DE BIEDMA.

En cuna de blasones esculpida
Naciste, como un ángel deseada;
Niña, de todos fuistes ensalzada;
Mujer, de todos eres bendecida.

Escritora de tal modo aplaudida,
Y dama de tal suerte respetada,
Que de tu adicta corte rodeada
Te envidiara la reina más querida.

Flores, aplausos, entusiasmo y gloria
Recibes por do quier, á tu hermosura,
Á tu virtud, tus gracias y talento... (1)

Escribe España tu brillante historia;
Cádiz tu nombre eternizar procura;
¿Qué más puede anhelar tu pensamiento!...

LEANDRO PIRALA Y VAZQUEZ.

Madrid: 1877.

ESTUDIO HISTÓRICO. (2)

El año de 1217 fué para España el comienzo de un gran período de prosperidad pública. En él subió al trono de Castilla, por el voto de las Cortes de Valladolid, uno de los príncipes más justos, más prudentes, más virtuosos y más caballerescos, que la historia nacional registra. D. Fernando III, hijo de la noble señora D.^a Berenguela, estaba llamado á demostrar, lo que la influencia de una mujer prudente, virtuosa y de juicio, puede alcanzar en los hábitos, inclinaciones y carácter de un hombre. D. Fernando III, dirigido por D.^a Berenguela, había de ser, andando el tiempo, un argumento valioso más para aquellos que, con sobrada razón, en el hogar doméstico y por medio de la madre de familia, tratan de modificar las condiciones sociales y el carácter de los pueblos. El genio previsor, el dulce trato, la abnegación sin límites, la caridad inextinguible, el amor á los súbditos, la religiosidad, la justicia, el continuo ejercicio de virtudes ejemplares; prendas inestimables eran, que adornaban á aquella egregia é ilustre princesa, que gemela en merecimientos con D.^a Petronila de Aragón, contribuyó con un desprendimiento digno de encomio á que se ostentaran en una sola cabeza las coronas de León y de Castilla, dos ricos florones de una monarquía que caminaba con paso de gigante á la unidad nacional. (3)

No faltaba energía á D. Fernando, por razón de su educación especial; no había faltado tampoco á su noble madre, en peligrosa época de continuos disturbios, en que luchando eficazmente, sacó á salvo los respetables intereses, cuya defensa se propuso durante la menor edad de D. Enrique y hasta la proclamación de D. Fernando. El Santo Rey continuaba la obra, y reprimiendo con actividad y fuerte mano las turbulencias que aún removían sordamente el suelo sobre que se alzaba su trono, puso enérgico coto á las ambiciones é insolencias desmedidas de una aristocracia engreída y celosa de la autoridad real. (4) El Santo Rey, en esa eterna lucha del noble contra el tirano, del tirano contra el orgullo del noble, inauguró la política de resistencia que reinando los Reyes Católicos había de obtener un mayor desarrollo; y el ostracismo fué una necesidad para los Laras y los demás opulentos señores de su bando.

¡Lástima que la intransigencia religiosa manchara aquel carácter que á través de siete generaciones tanto interesa! ¡Lástima que aquel espíritu dispuesto siempre á la clemencia, fuera tan enemigo de los que en su pecho alzaban altares á otras ideas religiosas diferentes del cristianismo! ¡Lástima que ejercitando el sanguinario rencor de la época á nombre de doctrinas de bondad inagotable, ricos tesoros de piedad y de amor, persiguiera crudamente y con sus propias manos arrimara leña y pegara fuego á aquellos cuyo único delito consistía en poseer un corazón y una inteli-

(1) En una correspondencia fechada en Cádiz, y firmada por M. M. P. de A., que publicó *El Tiempo* del día 11 de Octubre de 1877, se leen estas palabras, en la descripción de una fiesta gaditana: «En el salón ocupaba un lugar distinguido la Sra. D.^a Patrocinio de Biedma, joya inestimable del bello sexo por sus gracias, virtudes y talento.»

(Nota del Autor.)

(2) Pertenece este artículo á una serie de ellos, que el autor viene publicando en *La Semana*, periódico de su dirección. Inédito al que á continuación redáctase, el autor tiene la honra de ofrecerlo á su buena amiga y paisana la distinguida señora é ilustrada propietaria del *Cádiz Doña Patrocinio de Biedma*.

(3) Sabido es como D.^a Berenguela supo hacer frente á las ambiciones de los Laras. A la muerte de D. Enrique, sabido es también, que convocadas Cortes en Valladolid se hizo reconocer reina de Castilla, si bien cedió en seguida con desprendimiento singular sus derechos á su hijo Don Fernando.

(4) El padre de San Fernando, D. Alfonso IX, rey de León, desconociendo sagrados deberes, no fué el que menos obstáculos y borrascosas discordias promovió poniéndose de parte de los Laras; y sitiando á Burgos que permanecía fiel á la causa de D.^a Berenguela y su ilustre hijo.

gencia delicada á otras creencias, á otros sistemas, á otro Dios! (1)

En paz D. Fernando, con los enemigos interiores, dispúsose á encausar la administración pública; á normalizar los servicios y las rentas del país; á mejorar la condición del pueblo, que en silencio venía sufriendo y llorando las faltas de los unos y de los otros; del pueblo, que en su instinto de conservación y obediendo, quizás sin notarlo á una ley de progreso, luchaba al lado de los nobles, cuando se trataba de abatir la tiranía de los reyes, y entregaba á éstos su sangre y sus escasos recursos cuando se pretendía combatir la barbarie y el orgullo feudal. Pero sobre todas las empresas, aún las más nobles y convenientes, existía una santa, que no podía ser desatendida ni pospuesta; la de la reconquista. Los guerreros pedían la guerra, y unidos ya los concejos de Cuenca, Huete, Alarcón y Moya, entraron por Alcaraz, (2) devastando los campos de Cazorla, Ubeda y Jaén. Este hecho tan sencillo, cuentan los historiadores, avivó en el Rey el deseo de gloria y de conquista: hizo nacer en el ánimo del ilustre descendiente de una brillante pléyade de esforzados guerreros el noble afán de continuar la heroica lucha comenzada en Covadonga. Por otra parte la ocasión no podía ser más propicia. En el seno de la dominación árabe reinaba cruenta y deshecha tempestad: grueso oleaje, en revuelto mar de concupiscencias, odios personales y ambiciones desordenadas, combatióse sin descanso, agitado por opuestas corrientes y embravecidos vientos. Era la débil barquilla, auxiliar de poderosa nave hundida en el abismo, expuesta al desatado temporal. En aquella hirviente espuma aparecía escrito en signos indelebles, el cercano fin del poder musulmánico. Sobre el cuerpo inanimado de Almoctasin, aquel rey que cuidaba más de las vacas de su rebaño, que de la felicidad de los creyentes, cruzábanse como fantasmas, ambiciosos testamentarios dispuestos á repartirse ricos despojos. Apodérase del trono aún caliente Abul-Melic; por Abdalá-Abu-Mohamed, se decide Murcia; por Cid Mohamed, Córdoba, Baeza y Jaén; por Almamun, siente crecientes simpatías Sevilla. San Fernando en estos momentos dispónese á terminar un espectáculo, en que hermanos lidian un poder transitorio; y como señal de sus propósitos, al frente de valerosa y engalanada hueste, bien provistas de numeroso arnes de guerra, arrasa los campos de Baeza y Ubeda y destruye los fuertes de Quesada y Espeluy.

Siempre ha sido ley del instinto de conservación la unión estrecha del agredido, en el trance del peligro; mas lo ha dicho un historiador de marcado renombre, (3) «cuando suena la hora de la oportunidad la Providencia pone la fuerza á la orden del derecho y dispone los hechos para el triunfo de la idea;» y cuando aquel poder tan grande en los tiempos de Almanzor, que parecía estar en su mano el imperio del mundo, veíase agonizante por sus propias é intestinas contiendas, frente á frente de otro poder que el amor á la patria y á su Dios, fué agrandando á la manera de la masa de nieve que se arrastra desde la alta cumbre de la montaña hasta el profundo valle; cuando aquel imperio lleno de vigor un siglo antes, encontrábase, aún con fuerzas para la resistencia, ante la figura rodeada ya de prestigio de un Rey, que había de ser conquistador incansable y santo, en vez de llamar á sí toda su atención, despojándose de la rencilla que corroe las fuerzas y de la ambición que los aniquila, entra aún más en el campo de las luchas personales, en los que el interés egoísta de bandería todo lo desgarró y pospone á un mezquino triunfo. La hora, en efecto, de la caída del osado invasor árabe había sonado, y la Providencia puso la insensatez en donde existiera antes la pericia, el valor, la ilustración y la grandeza. De hoy en adelante, después que Almamun lucha por el prestigio de la autoridad real, ante una aristocracia indómita y pasa á Marruecos, cuyos muros adorna con las cabezas afianzadas en garfios de los partidarios de Jahie-Ben-Anasir, (4) los cristianos iban de triunfo en triunfo, de ventaja en ventaja. Alguna vez notábase un hecho digno de mención; alguna vez, el árabe abrigaba esperanzas y recordaba con fé los días que pasaron; mas ya su poder será la solitaria estrella que temerosa despidió en el firmamento sus pálidos rayos, durante las heladas noches del invierno.

(Concluirá.)

J. RUIZ JIMENEZ.

Jaén: 1877.

(1) En efecto, afirman los *Anales de Toledo* que cuando llegó San Fernando á esta histórica ciudad, *enforzó á muchos homes é cosió á muchos en calderas*. El Padre Mariana escribe que estas atrocidades sólo pueden disculparse, diciendo que todos los fanáticos las cometen.

(2) De este punto se apoderó Alonso VIII y se consideró como de importancia la conquista, por el fácil acceso que prometía á toda clase de expediciones en terreno andaluz. La fuente Alcántara. H. de Granada.

(3) D. Modesto Lafuente.

(4) Conde, en su *Domin*, pág. 3, cap. 57, hace ascender el número de cabezas á 4.000; pero *La fuente Alcántara* dice: «que la necrología de Conde merece alguna rectificación en los sucesos de estas guerras.»

El Great Eastern, construido en el astillero de la compañía oriental.





Le Turf. (Carreras de caballos.)

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

EL GREAT EASTERN.

El CÁDIZ, que tan preferente atención consagra á nuestra Marina, dedicando á su mejoramiento y desarrollo una notable serie de artículos, que para él nos hace el honor de escribir el ilustre personaje que oculta su nombre con el pseudónimo &c. &c., quiere dar á conocer los buques más extraños por su forma y dimensiones, y empieza hoy por el gran buque inglés que copia nuestro grabado.

El *Great Eastern* mide 680 pies de largo: su anchura es de 82 pies, su profundidad de 60, y su cuba de 22.500 toneladas. Su elevación es tal, que sin flete se eleva 40 pies sobre el nivel del mar; cargado con 18.000 toneladas, sobresaldrá todavía 30 pies sobre las olas. Su casco de hierro está dividido en compartimentos, separados entre sí por tabiques, de tal manera que cualquier avería, cualquier choque, por terrible que sea, una explosión de la máquina, por ejemplo, no podrá nunca abrir para la invasión del agua más que una de estas divisiones, y el agua se encontrará detenida en ella.

Un incendio se sofocaría con la misma facilidad en el departamento en que estallase. Tiene siete mástiles, los dos de trinquete y los tres de artemón llevan velas latinas: los dos grandes mástiles intermedios donde se rizan las gaviotas, ofrecen sus vergas á la presión del viento de todas las velas que lleva esta arboladura. Aunque no tiene bauprés puede desplegar dos focos para apresurar su marcha ó facilitar sus maniobras, como un motor secundario. Más que navío el *Great Eastern* viene á ser un piroscopo, pues por una combinación tan atrevida como nueva hace funcionar á la vez un aparato de ruedas y otro de hélice. La primera máquina, servida por cuatro calderas que ponen en movimiento cuatro cilindros, despliega una fuerza de 1.600 caballos que se podrá elevar sin ningún peligro hasta 2.000. La de hélice alcanza una fuerza de 1.000 caballos que podrá aumentar hasta 1.200.

El aspecto de este soberbio buque es tan grandioso, que los botecillos parecen á su lado pequeñas golondrinas rodeando á un águila.

LE TURF. (CARRERAS DE CABALLOS.)

Toda costumbre que arraiga y camina á su perfeccionamiento, encierra en sí algo útil, que llega á constituir su fuerza. Las carreras de caballos, tan agradables como recreo, son grandemente necesarias para el desarrollo de la raza caballar, y para excitar á poseer bien la equitación, ejercicio tan imprescindible á nuestra juventud. Esta diversión, importada de Inglaterra en este mismo siglo, va pasando por la suave lima del progreso que todo lo modifica, llegando á ser hoy una de las fiestas favoritas del mundo elegante.

Los aficionados, esto es, los que se han llamado por nuestros abuelos caballistas, por nuestros padres hipómanos, y por nosotros *sportmen*, van, sin darse cuenta de ello, prestando un gran bien á la educación del caballo, ese noble y hermoso animal tan útil al hombre, tan necesario en la guerra, como valioso en el trabajo. Tan rápidas son las modificaciones porque va pasando esa diversión, hoy de moda, que apenas se conocerían como tales las carreras verificadas hace algunos años. En prueba de ello ofrecemos un grabado del aspecto que ofrecía la primera que se verificó en París, copiada en varias de sus fases, que presenta un fuerte contraste con las que hoy tienen lugar en la culta capital de Francia.

LITERATURA EXTRANJERA.

MARIE-JOSEPH LOUIS ADOLPHE THIERS.

III.

Toute l'Europe sait quel était l'état de la France, lorsque l'Assemblée «dans un jour de malheur», comme le dit étourdiment un jour M. Beulé, un des ministres de la coalition monarchique qui renversa M. Thiers le 24 Mai 1873, se transporta, dans les premiers jours de Mars 1871, de Bordeaux à Versailles, n'osant pas affronter les regards de Paris.

Un grand tiers du pays était occupé par l'ennemi. Paris frémissait sous l'humiliation d'une capitulation qu'il trouvait trop hâtive, et au voisinage d'une Assemblée dont la majorité était monarchique et hostile. On avait à payer la rançon énorme de cinq milliards. On n'avait pas d'armée. Tous les services publics étaient désorganisés. Il n'y avait pas d'autre gouvernement qu'une Assemblée populaire, mal vue de toutes les grandes villes. Ce n'était pas tout. Comme si la fortune se fût fait un jeu d'accumuler sur la France tous les maux, toutes les calamités, dispersées dans les annales de l'histoire grâce à l'insurrection du 18 Mars, non seulement la France n'avait pas de gouvernement, mais le principe d'où il pouvait en sortir un, le seul possible, le suffrage universel, était mis en question. Et il était mis en question par ceux-là même qui en faisaient la pierre angulaire de l'édifice, qui l'auraient inventé, s'il n'avait pas existé. En vérité, il semblait qu'il n'y eût

plus d'autre souveraineté que celle des passions, des intérêts, des partis, cette chimérique et terrible souveraineté du but, que chacun fabrique à son gré comme un fétiche. En un mot, l'anarchie était partout. La guerre civile avait succédé à la guerre étrangère, sous les yeux de l'ennemi vainqueur. On était en plein chaos.

Comment sortir de ce chaos, retrouver un peu d'ordre et de lumière dans ces ténèbres profondes, dans ces ruines entassées?

C'était la question que se posait tout le monde, et dont M. Thiers était chargé de trouver la solution.

On sait avec quel dévouement il se met à l'œuvre, quelle activité il déploie, avec quelle habileté merveilleuse il fait face à tout. Elu par 26 départements, il s'impose au nom de la République à une Assemblée affolée de passions monarchiques et cléricales. Il organise rapidement une armée avec les troupes des troupes revenues des prisons d'Allemagne. Il dompte au nom de la République une insurrection qui combattait pour la République. Il arrête par ses promesses, par des engagements pris avec les députés républicains, le mouvement insurrectionnel qui menaçait de gagner les grandes villes, non qu'elles partageassent les passions de l'insurrection, mais parce qu'elles savaient qu'au fond c'était les prétentions monarchiques de Versailles qui avaient provoqué la fierté de Paris. Il est le premier, une fois l'ordre rétabli, à parler de clémence; c'est lui qui veut qu'on fasse à la pitié la plus grande part. (1) Maître ainsi de l'opinion, et de l'Assemblée qui frémit sous le joug, il peut s'occuper de la libération du territoire avec tout le soin nécessaire, avec toute l'ardeur de son patriotisme. Et, chose inouïe, qui frappa le monde entier comme d'un prodige; dans le court espace d'une année, l'œuvre de la libération était accomplie dans sa partie la plus difficile, celle que l'on avait jugée presque impossible; la rançon était trouvée. Et ce qui parut plus prodigieux encore, l'emprunt de trois milliards proposé par la France était couvert plus de quatorze fois!

Jamais politique plus sage ne fut couronnée d'un meilleur succès.

Restait une tâche plus difficile. Assurément, si seul, face à face avec la France, il avait pu la consulter en ce moment, nul doute qu'il n'eût fait sans peine le gouvernement qu'il jugeait le meilleur et qu'il couvait au fond de sa pensée; mais il avait à compter avec une Assemblée indocile, hostile à ce gouvernement, à laquelle il était rivé, dont il ne pouvait se séparer que par un coup d'Etat, par un crime, par une chose qu'il n'eût pas voulue, eût-elle eu pour prix l'empire du monde.

M. Thiers essaya pourtant; car il savait qu'il n'y avait de gouvernement possible en France en dehors de la République, et qu'un pays ne peut pas rester longtemps sans un gouvernement nettement défini; seulement, n'ayant à sa disposition que son talent, son autorité morale, il eut recours à la persuasion.

Il faut indiquer au moins et signaler à l'attention la marche qu'il adopta pour atteindre le but qu'il avait à poursuivre. 1.º D'abord il proclame la trêve des partis, espérant ainsi qu'on laissera un peu respirer la France, et qu'elle pourra se recueillir et se reconnaître. 2.º Puis il fait adopter la Constitution Rivet, qui place son pouvoir au-dessus de toute compétition, de toute discussion, et assigne à son mandat de Président de la République la durée même de celui de l'Assemblée. 3.º Il s'attache surtout à gouverner avec modération, à tenir la balance égale entre les partis, à prolonger la durée du provisoire jusqu'à la libération du territoire, dans l'espérance que la réflexion, le spectacle d'un gouvernement régulier fonctionnant sans monarchie, la pression de l'opinion, la pensée de la France se manifestant à chaque élection partielle dans le sens de ses propres idées, finiront par ouvrir les yeux aux partis, rassureront les libéraux, les convertiront peu à peu à ses vues, que bientôt il pourra sortir du provisoire et en arriver à une Constitution définitive. 4.º Enfin, le moment venu, — il le croyait du moins — il invente la formule de *La République Conservatrice*: formule habile, qui rassurait la partie libérale de l'Assemblée, qui conquerrait à la République la partie riche et éclairée de la bourgeoisie, encore hésitante, qui ne laissait en dehors que les hommes attardés ou systématiquement hostiles, ces hommes qui ne peuvent rien apprendre ou qui ne veulent rien oublier.

La partie était à peu près gagnée. La Réaction ne le savait que trop. C'est alors qu'effrayée, effarée, elle fit son coup du 24 Mai, qui renversa M. Thiers et le remplace par M. de Mac-Mahon.

Il y a d'étranges illusions autour des partis: la Réaction se croyait victorieuse: elle se trompait.

L'édifice n'était pas tombé avec l'architecte: la République, qu'il n'avait pas construite encore, il est vrai, mais dont il avait fait le plan, esquissé au moins les principales parties, pour lequel il avait appelé les meilleurs ouvriers, allait s'élever, et, par une singularité de la destinée, un grand nombre de ses ennemis allaient eux-mêmes y prêter leur concours, y donner l'appui de leurs mains.

(1) Nous avons pour garants de cette opinion les députés de Paris, et notamment M. Floquet.

M. Thiers l'avait prévu. En quittant le pouvoir, il avait deviné l'échec de l'intrigue qui devait, comme il dit dans son testament, promener la couronne de la France sur toutes les grandes routes de l'Europe. «Dix-huit mois après sa chute, l'Assemblée elle-même lui donne raison: une Constitution républicaine, une forme de la République Conservatrice, non irréprochable sans doute, mais définie et suffisante pour braver le présent et attendre l'avenir, est proclamée. C'est que, hors du pouvoir, comme au pouvoir, l'homme d'Etat n'avait jamais perdu de vue son objet; dans son salon, dans les couloirs de la Chambre, il ne cessait pas de combattre, comme on dit, le bon combat, de toutes les forces de son incomparable esprit.

C'est donc lui que l'on doit considérer comme le fondateur de la République. C'est lui qui l'a rendu possible, en démontrant qu'elle était nécessaire. Ce point est désormais acquis à l'histoire.

Ses ennemis le savent bien: on le voit assez à la haine dont ils n'ont pas cessé de le poursuivre de son vivant, et dont ils poursuivent encore sa mémoire. Ses amis ne l'ignorent pas non plus, et c'est qui explique leurs regrets et les hommages qui, de tous les côtés, après l'avoir accompagné après sa chute du pouvoir, ont entouré sa tombe.

Nous n'avons montré M. Thiers, dans cette esquisse rapide, que comme un personnage politique. Que de choses il y aurait cependant à dire si on voulait l'embrasser tout entier, le considérer comme historien, comme orateur, comme journaliste, comme philosophe et écrivain! Car ce qui le caractérise, c'est l'universalité des connaissances et des aptitudes, c'est cette activité multiple qui lui faisait dévorer la science sous ses formes les plus diverses, qui, à plus de 75 ans, le conduisait par exemple à l'Observatoire étudier les astres avec M. Leverrier, activité sans trêve ni repos qu'il avait de commun avec Voltaire, non moins que le bon sens et l'esprit.

Mais il faut dire que tout cela convergeait vers la politique. La politique (qu'on nous permette cette comparaison, puisque nous venons de parler de l'Observatoire), était chez lui comme l'astre qui mettait tout le reste en mouvement, qui faisait tout tourner dans son orbite.

C'est par là surtout qu'il aura une place dans l'histoire et qu'il y tiendra une place honorée et élevée.

Le 24 Mai 1873, jour de sa chute, qui fut en quelque sorte volontaire, puisque la Constitution Rivet lui donnait le droit de se maintenir contre les surprises de l'Assemblée, il disait en répondant à M. de Broglie:

— «Je ne crains pas pour ma mémoire, car je n'entends pas paraître au tribunal des partis. Devant eux, je fais défaut. Je ne fais pas défaut devant l'histoire, et je mérite de comparaître devant elle!»

Oui, M. Thiers avait raison; il n'a pas à faire défaut devant l'histoire; il n'a pas à craindre de paraître devant elle: elle a à peine commencé pour lui, que déjà bien des jugements dont il avait le droit de se plaindre, sont en train de se réviser. Sans doute les ennemis de la Révolution restent fidèles à leur haine; la chaleur de la lutte, qui dure encore, leur ôte le calme et l'impartialité; mais les amis de cette même Révolution, qui d'abord n'apportèrent pas dans leurs jugements beaucoup moins de passion et de violence, croyant voir dans le ministre de la royauté de Juillet un adversaire systématique de la République, en jugent autrement aujourd'hui. Ils comprennent que son éloignement procédait du même sentiment que leur sympathie. La République pouvait-elle servir la Révolution il y a cinquante ans? Le pouvait-elle il y a 25 ans? Problème qui séparait en deux camps les partisans de la Révolution. M. Thiers restait incertain et le plus souvent il résolvait le problème contre nous. Mais quand l'heure a sonné, amenée par les fatalités de l'histoire, qui apportent tant de lumières inattendues, quand il a vu s'évanouir enfin les fantômes faits par l'ignorance et la superstition contre la République, il s'est empressé de se déclarer pour elle, et de dire bien haut qu'il était du devoir de tous de donner par elle, à la Révolution la forme qui lui est propre, de poser sur l'édifice son couronnement.

F. STEENACKERS.

3 Octobre 1877.

LA FLOR DEL CEMENTERIO.

(CONTINUACION.)

Pero Ricardo las sintió, y quiso evitarlas.

Alzó con altivez su cabeza, miró con orgullosa frialdad en derredor suyo, y una sonrisa irónica agitó sus labios.

Una vez aceptada la lucha con el destino, toda debilidad es un retroceso, y Ricardo no quería, no podía retroceder...

Era la suya una de esas valientes y generosas naturalezas que siempre van adelante sin vacilaciones ni temores.

Un golpecito dado en la puerta le hizo volverse, y fué á sentarse próximo á la mesa, al ver al montañés llegar con el café.

— Señor, dijo en tanto que le servía; ahí hay una mujer

vestida de luto que pregunta por un caballero, pero no ha dicho D. Ricardo.

—Es igual, debe ser ella; déjala pasar.

El criado salió y momentos después entraba Juana, la vieja criada de Eugenia, que ya conocemos, algo cortada y dudosa, como si tratándose de un hecho grave, tuviese miedo de sí misma.

—Buenos días, Juana, dijo Ricardo levantándose, pase Vd.; ya temía que no viniese.

—Buenos días D. Ricardo; no podía faltar, pero está lejos, y yo soy vieja.

—Por qué no ha tomado un coche como le dije?...

—Para qué, señor?... Yo sé andar...

—Siento haber molestado á Vd., pero era preciso!...

—Yo no me molesto, señor, lo que deseaba era que mi pobre señorita... Juana se echó á llorar.

—Vamos, Juana, dijo Ricardo ofreciéndole un poco de vino, no hay que afligirse, cuando una cosa puede remediarse nunca es grave; pero necesito saberlo todo... hace cuatro días que estoy en Cádiz, y si yo no quisiera tanto á Eugenia, si no creyese conocerla mejor que todos los que de ella se ocupan, me habría ido ya desesperado y convencido de su desdicha... pero no puedo creerlo, y mucho menos desde que la he visto...

—Señor, todo lo que dicen es una infamia, pero mi señorita tiene la culpa de que lo digan, porque es demasiado buena.

—Pero en fin, es verdad que vive en una casa de ese hombre? Que él costea todos sus gastos, que la acompaña á todas partes?...

—Jesús!... Quién ha dicho eso!... Es una mentira infame!... Pobre señorita mía!... Eugenia de mi alma!... Qué cosas han creído de tí, y tú trabajando para vivir sin sospecharlo siquiera!... Murmuró Juana llorando...

—Ah!... yo no lo he creído nunca!... pero por qué fatalidad lo creen todos?...

—Señor, porque al morir la niña Luisa, como mi señorita estaba sola, y aquí y en todas partes al que tiene penas y no tiene dinero nadie lo busca, dejó que ese D. Lutgardo le tomase un piso de casa amueblado, porque el recuerdo de su hermana la mataba... pero ella lo paga, señor D. Ricardo, yo misma lo he visto y muchas veces, cuando se afana mucho por acabar un cuadro, y yo le digo que no trabaje tanto, que se vá á poner enferma, me dice con pena que tiene que concluirlo antes que venza la casa...

—Pero ese Lutgardo no vá allí... no interviene en todo?

—Él interviene porque quiere darse importancia echándose de amo, pero no porque tenga derecho ni porque se lo dé nadie.

—Dicen que está al cuidado de las necesidades de Eugenia.

—Él!... Mentira mil veces, señor!... Sólo un ramo de flores le ha regalado, y para eso lo mandó Eugenia al cementerio, á su hermanal...

—Yo no sé, dijo tristemente Ricardo, yo no sé cómo salvarla de todo lo que he oído!... Es verdad que Luisa amaba á ese hombre?

—Sí, señor!

—Ah! eso es verdad!... Y lo es también que Eugenia lo sabía, y que sin embargo le aceptó para sí?...

—Tan no es verdad que aún no lo sabe!... Yo sola lo supe, porque la pobre niña lo ocultó siempre á todo el mundo.

—Y Eugenia le ama? preguntó vacilando Ricardo.

—Yo no lo sé, D. Ricardo; Eugenia es muy rara; no se sabe nunca lo que piensa: unas veces creo que le ama porque cuando le vé se anima, y sus ojos brillan y sonríe como cuando vivía Luisa y estaba contenta. Pero después, si se la mira, parece fastidiada, triste, como si se cansara de oírle... Es verdad, que yo no sé por qué han de enamorarse de ese hombre...

—Es guapo, dijo Ricardo con ironía.

—Pero es tonto!... No habla tres palabras que sirvan para nada!... Siempre celebrándose él, siempre hablando mal de todos...

—Eugenia le recibe sola?

—Nunca, señor!... Yo siempre estoy á su lado; y no dejo de reñirle, porque ella no se ocupa de lo que digan y le deja ir á casa, porque dice que es el único que la ha acompañado en su desgracia... y como es así, tan exagerada para todo, dice que le agradece tanto y cuánto lo que ha hecho, y que no ha de prohibirle que la vea.

—Pero si ellos tienen relaciones, si se quieren, por qué no se casan?

—Señor, yo creo que hay aquí un misterio; la señorita Eugenia está muy triste, y llora muchas veces... si le quisiera estaría contenta...

La sencilla lógica de Juana convenció á Ricardo más que lo hubiera hecho un grave discurso, y sonrió al oírlo:

—Es verdad, dijo; pero por qué le escucha sino le quiere?

—Por gratitud, y creo que por miedo.

—Miedo Eugenia?... Nunca lo tuvo...

—Un día que yo le rogaba que no fuese D. Lutgardo de

noche porque lo criticaban mucho, me dijo: dará un escándalo si se lo digo; otro en que yo decía que no debía D. Lutgardo meterse en lo que no le importaba, ni hablar á voces en casa ajena, me dijo también: si se lo digo alzaré más la voz.

—Pues si es por miedo vá á acabar de tenerlo, porque, ¡vive Dios! que ese caballero vá á entenderse conmigo!

—Ay, señor! No haga Vd. nada!... Murmurarán de mi pobre señorita!...

—Como nada pueden decir peor que lo que dicen, esas murmuraciones le harán favor, pues despejarán la incógnita.

—Cómo?...

—Que se sabrá la verdad.

—¡Ay! más vale que no hablen...

—Descuide Vd.; yo lo único que deseaba saber era si podía defenderla, porque á ser verdad lo que decían, no lo hubiera intentado.

—Yo le respondo á Vd. por la salvación de mi alma que eso no es verdad.

—Lo creo, y es bastante...

El ruido de un coche que se detuvo á la puerta de la venta interrumpió á Ricardo.

—Ya están aquí, dijo levantándose... vamos pronto; dígame Vd. quién es Lutgardo.

Juana miró por la reja entreabierta y dijo á Ricardo:

—Aquel de barba negra...

—Ah sí!... Ya le conozco... le he visto ayer de lejos...

Los que llegaban entraron en la venta, y pronto se oyó el eco alegre de varias voces que se unían riendo y bromeando.

—Ya puede Vd. irse Juana, á ménos que no quiera almorzar aquí.

—No, señor; de ningún modo: la señorita me espera...

—Frente á San José hay un coche que yo pago... llévase Vd. y le encarga que vuelva al mismo sitio.

—Me lo llevaré por llegar más pronto...

—No sé cómo pagarle á Vd. el bien que me ha hecho con lo que me ha dicho...

—¡Pues, no faltaba más!... he dicho la verdad, y lo que yo le pido á Dios es que Vd. libre á la pobre señorita de ese hombre que, ó es un loco, ó un infame...

—Esté Vd. tranquila, que no le hará más daño.

Juana se despidió al fin, y Ricardo entreabrió la puerta que ponía en comunicación el pequeño aposento que ocupaba, con el cuarto en que estaba Lutgardo y sus amigos.

Después llamó y pidió el almuerzo; despidió al mozo, y quedando junto á la mesa, con la frente apoyada en sus manos, pareció prestar profunda atención á lo que en la cercana habitación se decía.

El nombre de Eugenia que había llegado á sus oídos, despertó su interés.

Aquel nombre vibrando entre el leve choque de las botellas en los vasos al llenarlos de vino, de los cubiertos que rozaban los platos, le produjo un efecto extraño.

Sus ojos volvieron á brillar con un reflejo de llanto, pero alzó de nuevo la cabeza, como el león que se dispone á luchar, y pareció vencer lo penoso de aquella impresión. Olvidando completamente el almuerzo que se le había servido, parecía tener el alma pendiente de las frases incompletas que oía. Una sonora carcajada se oyó vibrar; después la voz de Lutgardo, altanera, pedantesca, si se nos admite la frase, sonora y burlona, lo dominó todo.

—La cedo á quien la quiera, decía el flamante *pavo real*, estoy cansado de ella... es insostenible una mujer de talento para la vida íntima, completamente insostenible... además he pensado renovarla por otra celebridad: una cantante que llega en esta semana...

—No temas que te pinte en caricatura?...

—Bah!... No me importa!... Además, si yo la dejo no tendrá para comprar colores, ni lápices...

Una risa general siguió á estas palabras.

—Confiesa Lutgardo que eres más variable que la *pluma en el viento*, y más *pérfido* que la *ola*, frases que seguramente no se dijeron por un hombre...

—Bah!... qué diablos quieres que haga con ella!... Ponerle un altar y adorarla de rodillas?...

—Pero no la querías tanto? No afirmabas que era tu primer amor, tu delirio, tu locura?...

—Qué necio es recordar historia antigua, querido!... La quise... pero ya no la quiero; sería bueno que cambiando cuanto existe, los sentimientos del hombre hubiesen de ser inmutables... además me cuesta una fortuna... gasta mucho esa Eugenia!

El eco de las últimas letras del nombre de la pobre artista no se había apagado aún, cuando la puerta que comunicaba con el gabinete en que estaba Ricardo, se abrió bruscamente, y la voz de éste, enérgica, vibrante, poderosa, se oyó diciendo:

—Mentís, caballero!... Y vais ahora mismo á declararlo así, ó voy á arrancaros la lengua!...

Lutgardo y sus amigos se levantaron sorprendidos.

—¿Es conmigo? preguntó Lutgardo algo cortado al parecer.

—Sí, con el infame que está deshonorando á una mujer por vanidad...

—Pero, caballero, yo no conozco á Vd. y no sé, á la verdad...

—Importa poco el conocerme ó nó; basta con que me escuche, y sepa que le exijo la verdad respecto á una señora, cuya única falta está en haberle creído persona decente...

—Caballero!... Yo no permitiré...

—Me importa poco, puesto que no le he pedido permiso... ahora mismo vá Vd. á declarar que cuanto ha dicho en estas y en otras ocasiones respecto á Eugenia de Ochoa, es una mentira infame...

—Y á Vd. quién lo mete á redentor?... No recuerdo que Eugenia tenga hermanos, y á no ser que Vd. sea mi sucesor...

Ricardo, pálido de rabia, con la poderosa mirada de sus ojos negros, encendida en un fuego divino, saltó (esta es la frase) hacia Lutgardo, y antes que nadie pensara en impedirlo, estampó en su rostro una bofetada.

Lutgardo rugió, y los amigos se interpusieron.

Algunas sillas rodaron, y algunos vasos cayeron al suelo produciendo un estrépito que alarmó al *ventero*, no muy seguro de la formalidad de aquellos señoritos...

—Por Dios, señores, no demos un escándalo, decía uno de los amigos de Lutgardo.

—Cuando Vd. quiera puede enviarme sus padrinos, dijo Ricardo, aquí está mi tarjeta.

—Yo no me bato por una aventurera...

—No hay aquí aventurera alguna, dijo Ricardo... no hay más que un canalla que ofende á una mujer dignísima...

—Caballero!... Le voy á matar á Vd., dijo Lutgardo.

—Hará Vd. muy bien, porque de otro modo yo seré quien le mate... pero antes ha de declarar Vd. que cuanto ha dicho es una calumnia.

—Afirmaré que es verdad!...

—Mañana lo veremos.

El montañés llegó en aquel momento asustado.

—Señores, dijo, por Dios no riñan aquí... me desacreditan el establecimiento...

—Hemos concluido, dijo Ricardo, poniendo una moneda en la mano del dueño del *restaurant*; yo, por mi parte me retiro, los señores pueden continuar...

CAPÍTULO XVIII.

La flor del cementerio.

La luz vaga é indecisa de una tarde de Otoño iluminaba suavemente el manto ondulante de las olas que venían en calma á deshacer las orlas de su espuma en la esbelta concha rellena de perlas que acarician con amor y respeto, que ambas cosas inspira la belleza, y Cádiz rodeada de la bullente cadena de las aguas, que la ciñe con sus anillos de cristal, es bella sobre toda ponderación.

Una mujer enlutada llegó en esa hora al cementerio católico de esta ciudad, y con paso rápido y seguro, como el que conoce bien el camino, tomó por las galerías de la derecha.

A través del largo manto de luto que la cubría, se adivinaba un talle esbelto, y una cabeza arrogante, que envuelta en los negros pliegues de gasa, parecía alzarse soberbia y majestuosa, como sosteniendo con altivez la lucha con algo invisible, esa lucha cruel que gasta las fuerzas morales y materiales, como se gastarian en el vacío las del ave que no hallase en él un punto de apoyo donde plegar las alas y descansar del vuelo.

Eugenia, pues nuestros lectores la habrán reconocido ya, siguió á lo largo de la galería, y se detuvo ante un nicho cerrado de mármol negro algunos momentos: después con el paso más lento, más indeciso, más vacilante, llegó hasta el segundo patio, y quedó inmóvil ante un nicho primorosamente cuidado. La lápida de mármol blanco, resguardada por un cristal, ostentaba en un pequeño bajo relieve la forma de un ángel llorando sobre un sarcófago, en el cual se leía este nombre, grabado en letras de oro: LUISA. Entre el cristal y el mármol había algunas flores, ya marchitas, pero todavía bellas.

Eugenia abrió con una pequeña llave la trasparente puerta, recogió con cuidado las flores, que besó con respeto y esparció otras frescas y perfumadas.

Sus ojos llenos de lágrimas, se fijaban en el nombre de su hermana con expresión extraña: — ¡Pobre Luisa mía! murmuraba: ¿cual de las dos está más sola, tú encerrada ahí, ó yo que vengo á llorar á tu lado?... Cuando estabas conmigo tenía al ménos un objeto mi vida, pero hoy, para qué luchar, para qué prolongarla, si nada espero de ella?...

Eugenia miró temerosa en torno suyo: las lágrimas tienen también su pudor, y no gustan de ser vistas; el llanto solitario es digno y consolador: el llanto ruidoso que se muestra en público jamás conmueve ni interesa.

Caía la tarde, con esa sombra vaga, luminosa, si se nos permite la frase, de los crepúsculos meridionales.

Una gasa de hilos de oro y rosa parecía flotar en occidente ante los últimos rayos del Sol.

PATROCINIO DE BIEDMA.

(Continuará.)

Correspondencia del CÁDIZ

Sres. R. y Giraudier.—Manila.

—He recibido la colección del *Diario* que agradezco mucho, así como todo lo que esa apreciable casa se ofrece a hacer en mi obsequio. El CÁDIZ seguirá enviándose un número hasta que Vd. avise: en caso de necesitar más para alguna nueva suscripción, pídale.

D. F. Herran.—Vitoria.

—Debe consistir en un error de administración el haber dejado de enviarte el CÁDIZ. Espero que en adelante lo recibas sin interrupción.

D. F. Martín y Santiago.—Madrid.

—Agradezco su invitación para que colabore en su obra *El pueblo andaluz*, que si me es posible, utilizaré con mucho gusto: creo que mis redactores y amigos no tendrán tampoco inconveniente en aceptar su ofrecimiento.

D. M. Montero Sierra.—Granada.

—Se le han remitido los números que le faltaban para completar la colección. Si, como decía a mi hermano, se toma la molestia de enviarme el importe de suscripción, lo cual le agradeceré mucho, pues ya están espedidos los ejemplares del CÁDIZ hasta fin de año, puede hacerlo hasta esa fecha.

D. P. de Biedma.—Baeza.

—Vé preparándome algunos datos biográficos, y retratos de hombres notables de la provincia, para que alternen en mi galería de celebridades.

D. J. Ruiz Jiménez.—Jaén.

—Mil gracias por el bello artículo que me hace el honor de ofrecermelo, y que comienzo a publicar en el día mismo cuya fecha histórica recuerda.

Ya sabe que el CÁDIZ está a su disposición.

D. R. García Sánchez.—Guadalajara.

—Agradezco infinito su bondad para conmigo y su amable protección al CÁDIZ. Se han servido al momento los números que indica.

Mr. E. Dubois.—París.

—No tendré inconveniente en publicar las *Crónicas* que me ofrece, siempre que sean mensuales, de breves dimensiones, y más bien de noticias de interés general que políticas. Dispongo de tan poco espacio, que sólo en un número del mes podré darlas, por más que la primera me haya gustado mucho.

D. M. Batanero.—Motril.

—Escribiré a Vd. particularmente apenas tenga tiempo: no me molesta jamás, antes bien agradezco infinito su interés y cariño. Con el mayor gusto haría lo que en su carta me indica, pero hay para ello muchos inconvenientes. Sus recuerdos son siempre muy gratos para mí.

D. A. del P. de Guerrero.—Madrid.

—Mil gracias por el lindo *Almanaque* que me envía, así como por su amistad y afecto que estimo mucho. Si me es posible enviaré algún trabajo mío al *Comercio*, ya que tiene la galantería de ofrecérmelo, y yo seré la que en ello me honre.

P. DE B.

NOTICIAS.

Nuestra Directora ha publicado hasta ahora las poesías y artículos que han tenido la amabilidad de dedicarle los Sres. Redactores y Colaboradores por mera galantería, y por gratitud hacia esa deferencia, pero aumentando de día en día las dedicatorias, y siéndola fatigosa ver su nombre tan repetido en un periódico suyo, ruega a sus amigos que supriman esa prueba de afecto, ó le permitan conservar para sí las composiciones que se la dediquen, ó enviarlas a otra publicación, pues los mismos Sres. comprenderán lo difícil que es para nuestra Directora ver el CÁDIZ lleno de su nombre.

Debemos a la galantería de su autor, nuestro querido amigo y distinguido redactor D. Javier Offerrall, un ejemplar de su notable obra *Selectas francesas ó manual de traducción*, declarada de texto por Real orden. La agradecemos infinito.

Escasa concurrencia acude al teatro *Principal*, en el cual actúa una apreciable compañía gaditana: sería muy digno de nuestra cultura y amable sociedad, alentar con su concurso y su aprobación a unos artistas inteligentes que

hacen esfuerzos por complacer al público. Precisamente la modestia con que se presentan, los hace más acreedores a la protección de nuestras clases distinguidas.

En el Teatro-Circo Romea se ha presentado al público gaditano la velocipedista Mlle. Filomena, que ha logrado agradar por la destreza con que guía el velocipede, por entre sillas, botellas inflamadas, y fuegos de artificio, así como por su figura simpática y desarrolladas formas. Son muy dignos de aprecio los esfuerzos que hace la empresa de este popular y bonito teatro para complacer al público.

El Domingo 25 tuvo lugar en la Academia Provincial de Bellas Artes, el acto solemne de la inauguración del año académico de la Real de Ciencias y Letras, conmemorándose con este motivo el aniversario de Lopez de Vega. Una distinguida concurrencia llenaba el salón, aplaudiéndose las poesías que, después de la Memoria leída por el secretario general Sr. Alvarez Espino, fueron escuchadas. Las tres son de nuestros redactores Alvarez Espinos, Moreno Espinosa y Moreno Castelló, y responden con su mérito al distinguido nombre literario de sus autores.

La prensa tenía señalado un lugar preferente en este acto, y por esa deferencia, así como por su invitación, damos las gracias a los Sres. Académicos, felicitando a su digno vice-presidente D. Vicente Rubio, y por su elegante y correcto discurso.

Hemos recibido *El nuevo Figaro*, de Madrid, *El Voleto de los Voluntarios*, de la Habana, el *Diario Ilustrado*, de Lisboa, *La Llanura*, de New-York, la *Civilización Moderna*, de Linares, *El Anunciador*, de Pontevedra, *Lo Mucho y lo poco*, y *Los Archivos de la medicina*, de Barcelona, el *Gil Blas*, de Valencia, *El Coliseo Barcelonés*, el *Eco de la Laguna*, y *La Correspondencia*, de Canarias.

Agradecemos la atención, y aceptamos el cambio.

No tenemos el gusto de recibir el *Correo Militar*, a pesar de saber con cuánta galantería nos trata; le rogamos vea en qué consiste esa falta, que seguramente es agena a su distinguida Redacción, a la cual damos las más expresivas gracias por la atención con que nos honra.

Tenemos la satisfacción de contar entre nuestros colaboradores a los distinguidos escritores argentinos Señores Luis Telmo Pintos, Rafael Obligado y Martín Coronado. Deseamos siempre de hacer más amplio el campo de nuestra literatura, bajo el lema de fraternidad literaria universal, para formar dentro de ella las federaciones provinciales ó regionales, recibimos con todos nuestros placeres a los escritores de la lejana república, y esperamos publicar en breve trabajos escritos para el CÁDIZ en Buenos Aires.

Hemos recibido un ejemplar del *Almanaque americano* de la casa Baylli-Bailleri (de Madrid), tan bonito como barato; otro de los preciosos *Cuadros y cuentos de la Aldea*, de los Sres. D. Julian L. Peña-Carrero y D. Jerónimo Becker (Madrid); el *Almanaque de los amigos de Pío IX* (Valencia); otro del *Tío Conejo* (Madrid); un ejemplar de los *Pequeños poemas* de D. Carlos Viera de Abreu (Madrid); la definición y tratamiento de *La Hidrofobia*, por D. Francisco de A. Darder y Llimona (Barcelona); *La Bóveda*, por Alejandro Herculano, traducción esmeradamente hecha del portugués, por D. M. Ossorio y Bernard (Madrid); *El té*, su historia, cultivo y elaboración, traducido elegantemente del inglés, por D. Eugenio Hartzenbusch (Madrid); *Una noche de novios*, preciosa novelita de Don Eduardo de Santiago-Fuentes Mallafre, que se vende al increíble precio de dos reales (Madrid); *El hacer bien nunca se pierde*, bello proverbio original de Fernando Urzaiz, y los *Poemitas infantiles*, del mismo autor (Guanabacoa, Cuba); *Horas de inspiración*, lindísima colección de poesías de la Sra. D.ª Emilia Calé Torres de Quintero (Lugo), y por último el tomo tercero del *Quijote*, que edita el Sr. Rodríguez (en Cádiz), bajo la dirección del Sr. Mainez.

Recomendamos a nuestros lectores tan interesantes obras, y damos las gracias por su atención a sus autores y editores.

Hemos recibido el primer número de la elegante revista de ciencias *La Naturaleza* que contiene preciosos grabados y lectura interesante a todos. La recomendamos a nuestros lectores. También nos han favorecido con su visita el *Moniteur Industriel Belge*, magnífica revista que aparece tres veces al mes en Bruselas, y el *Ecos del Nalon*, que empieza a ver la luz en Oviedo. Agradecemos la atención, y devolvemos la visita.

Nuestra Directora ha tenido la suerte de salvar la vida de un infeliz soldado, ayudada en esta buena obra por las distinguidas personas que en este asunto podían influir. Unimos nuestra felicitación a las muchas que por su ardien-

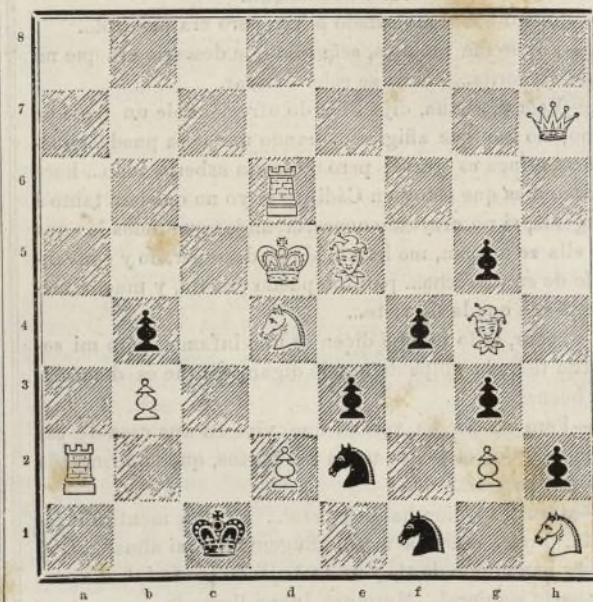
te caridad ha recibido, y nos alegramos como ella de este noble triunfo.

Entre las personas que el último Mártes visitaron a nuestra Directora, se encuentra el distinguido general Sr. La Portilla, que vuelve de Puerto Rico, donde tantos y tan importantes servicios ha prestado a su patria.

PROBLEMA DE AJEDREZ.

NÚMERO 4.º

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas obligan a las negras a dar mate, en 5 jugadas, al rey de aquellas. P. P.

Solución al problema de ajedrez núm. 3.º

BLANCAS.	NEGRAS.
1.ª A 6 — A 1	B 8 — C 8
2.ª D 5 — E 4	C 8 — B 8
3.ª D 3 — D 2	B 8 — C 8
4.ª A 1 — D 1	C 8 — B 8
5.ª D 2 — A 2	B 8 — C 8
6.ª E 4 — B 1	C 8 — B 8
7.ª B 3 — B 4	B 8 — C 8
8.ª D 1 — D 7	C 8 — B 8
9.ª B 5 — B 6	C 7 — B 6 (t)
10. C 6 — B 5	B 6 — C 5 (t)
11. B 5 — C 4	C 5 — B 4 (t)
12. C 4 — B 3	B 4 — C 3 (t)
13. A 2 — C 2	B 8 — A 8
14. B 3 — A 2	A 8 — B 8
15. A 2 — A 1	B 8 — A 8
16. D 7 — C 8	A 8 — A 7
17. C 2 — A 2	A 7 — B 6
18. A 2 — A 6	B 6 — B 5
19. C 8 — C 6	B 5 — B 4
20. A 6 — B 6	B 4 — A 3
21. C 6 — C 5	A 3 — A 4
22. B 6 — B 4	A 4 — A 3
23. B 4 — D 4	A 3 — B 3
24. C 5 — B 5	B 3 — A 3
25. B 5 — B 2	C 3 (t) B 2 (jm)

GEROGLIFICO.



(La solución en el próximo número.)

CÁDIZ: 1877.

TIP. LA MERCANTIL.
DE D. JOSÉ RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ
Sacramento 39 y Bulas 8.